

DISCURSO EN LA DESPEDIDA AL SR. RECTOR,
JUAN DE DIOS VIAL CORREA
MARZO 9, 2000

Excelencias, Sr. Ministro y mis queridos amigos todos. Estoy un poco confundido y abrumado, tenía preparado un discurso, estas hojas dan testimonio de ello, lo que más valdría tirarlas enteramente y empezar de nuevo, después de lo que he tenido que escuchar.

En realidad me sentía tranquilo y contento durante y al término de la Eucaristía porque allí le dábamos gracias al Señor por toda la Universidad, por todos nosotros, no sólo por lo que pueda hacer un individuo, que como se los he dicho a muchos de ustedes muchas veces, es poco y siempre discutible, sino por esta obra colectiva que es lo que tiene la grandeza, la belleza, el vigor.

Le dábamos gracias al Señor por ello y en particular yo le daba gracias por las personas que han colaborado conmigo en tantos cargos, por los que están ahora colaborando conmigo y por los que lo han hecho en el curso de mi rectoría, y que normalmente son los que han hecho el trabajo por el cual yo me he llevado el mérito y a veces el aplauso, según el dicho y que ricos daba el dicho de María Luisa y que debe tenerse siempre presente, "el mérito que podía tener yo, era que yo había tenido la culpa"

Pero es verdad que allí en la misa, se daba gracias con mucha libertad emocional incluso por, ante el Señor de la verdad que sabe y ve lo que cada uno hace por todo lo que otros han hecho conmigo, por todo lo que hemos hecho juntos y en particular para mí, tengo que decirlo como una cosa personal, ya que se han tocado tantas cosas personales, yo puedo también. Porque es obvio que cuando uno deja, a los años míos, el ejercicio de 15 años como Rector, está en la etapa de la ancianidad, lo digo con mucha alegría, porque encuentro que es muy noble a ancianidad, lo he encontrado siempre, no soy de los que tienen el fetichismo de la juventud y no es cosa de ahora. Ahora no es gracia de que sea así siempre lo he pensado y lo pensaba ante el altar, dándole gracias a Dios, a Dios que acogió la entrega confiada de mi infancia y aseguró los pasos de mi adolescencia que es la esperanza mía desde mi juventud.

Realmente lo podía hacer y me sentía además tranquilo de hacerlo, ...después vienen las cosas que oigo y naturalmente uno ya no se siente tan tranquilo, porque nos toca profundidades emocionales que todos tenemos.

Y sin embargo, tengo que hablar, tomar pie de algunas cosas que había pensado, pero no voy a seguir mi discurso.

He hablado tanto en el curso de estos 15 años que me puedo dar el lujo y, para beneficio de ustedes de ser breve, ¿no es cierto?

Ahora he escuchado ahora como en varias ocasiones en torno a mis despedidas, demasiados elogios en los que se me atribuyen virtudes que no tengo, redondamente no tengo. Permítanme entonces, que les hable de una virtud que creo tener. No con el ánimo de hacerme elogios, pero de recordara porque a alguien le puede servir.

Porque yo nunca pensé, nunca he pensado que estuviera yo llamado a cosas grandes, según la forma como es sociedad, como los hombres, en general medimos la grandeza de las cosas, pero me he sentido siempre llamado a la fidelidad, llamado a ser fiel y he vivido por muchos años eso aquí entre ustedes, hacia ustedes, hacia cada uno de ustedes, y hacia ustedes colectivamente y hacia la Universidad como institución, la fidelidad, esforzándome por aceptar de buen grado aquello que me fuera exigido y recordando la palabra que le escuché un día a Jaime Eyzaguirre, un de los grandes maestros de esta Casa: “en la fidelidad cuaja la esperanza, en la fidelidad llegamos a ver el fruto que esperamos”, eso es lo que aprendí, lo he creído, lo he vivido y encuentro que es verdad y por eso se los cuento, no por contarles mis virtudes sino para que sepan que como en los cuentos de niños las virtudes tienen su premio.

Ahora hay otra cosa que había querido decirles y que no quisiera omitir. Esta reunión en que estamos tiene un claro carácter familiar. Estamos los viejos, los no tan viejos, los que todavía se sienten jóvenes, los jóvenes, estamos todos juntos aquí y eso del carácter familiar no es una casualidad, no es un azar, sino un símbolo, porque una Universidad cuando es verdadera se parece a una familia. Sus miembros son diversos, como el padre es diverso de la madre, la madre del padre de y ambos de los hijos y un hermano es diverso del otro y de los primos, de los abuelos de los tíos. Somos distintos en la familia y nos relacionamos no tratando de borrar que somos distintos, sino que como lo señalaba Sebastián, siendo distintos, como es distinto el hijo de su madre como es distinto la hermana de su hermano, así somos distintos y estamos unidos en un vínculo que es muy parecido en la Universidad al de la familia.

Porque en ambas partes lo esencial, lo crucial, es el crecimiento de la persona, de las personas, en esa diferencia en ese encuentro entre distintos, unidos en el amor, es donde se puede llegar a la formación de la persona a reconocer al otro

como otro, a reconocer a hacer justicia al otro ya a darle finalmente el aprecio y cariño que merece por ser él quien es y nosotros en la Universidad estamos formando en ciencias, haciendo investigaciones, creando equipos de investigación formando los viejos a los jóvenes, formándonos como personas en una tarea determinada y no es solamente que vayamos a tener todos una lista de conocimientos en distintas especialidades, sino que vamos a ser personas que hemos aprendido y que estamos aprendiendo y que estamos aprendiendo los unos de los otros y cualquier profesor que es consciente de sí mismo sabe que el más joven de sus alumnos, el más recién llegado de los auxiliares de la Universidad le ha enseñado algo, lo ha mejorado en algo lo ha hecho más persona si es que el ha sabido mirar al otro, como otro en justicia y en respecto. Entonces el paralelo entre la universidad y la familia no es un paralelo retórico, no es una pura imaginación, estamos en la tarea de formación de personas, en un medio natural o sea en un medio que somos distintos los unos de los otros que estamos gobernados por el deseo de darle al otro justicia, libertad, respecto.

Ahí la universidad se encuentran, en esa forma las generaciones y los oficios y esta fiesta entonces, esta reunión, es como una celebración, un símbolo, un símbolo de esa unidad, de esa familia y esa unidad y la familia y la fiesta de familia produce espontáneamente alegría, lo decía, lo dice el salmista... “que bueno y que alegre es habitar unidos los hermanos...” y como no puedo resistir ni siquiera ahora mi propia pedantería “Quam bonum et quam jocundum habitare frateres in uuum”

Ahora, en esta hora en que estoy dejando el cargo de Rector y que evoco ante ustedes la fidelidad y lo medular, me parece, de la función de la universidad, quiero abrazar y agradecer en el Señor, a toda esta familia, padres, hermanos, hijos, maestros, colegas y alumnos que El me dió. Agradecerles a todos ustedes a muchos otros para quienes he vivido, y que a lo largo de muchos años, por el amor que me han dado, por la paciencia que han tenido, han hecho fácil y alegre mi camino. Desearles la bendición de la fidelidad, la bendición de la unidad. Pero el momento éste de agradecer, quiero pedirles una cosa que nunca he pedido por razones que ustedes van a entender y es que me permitan agradecerles no por mí sólo, sino tomando el nombre y la representación de Raquel, mi mujer. Ella ha compartido en cada día de estos 15 años, cada uno de mis trabajos, de mis alegrías, temores y fracasos, ha sido su manera de asumir un destino común, y es por eso que es común, nos es común a los dos, es que me resulta más natural agradecer junto a ella, aunque físicamente no la podría conseguir para tenerla junto a mí para agradecer. Pero agradecer junto a ella, porque por espacio de muchos años y por la gracia de Dios, por la más grande de las gracias de Dios,

han sido las nuestras una sola vida. No podríamos nunca ella y yo pagar tanto cariño como el que nos ha rodeado y como el que se ha manifestado, incluso para mí sorpresa en esto últimos tiempos, y por eso, porque no podemos pagar, es que me atrevo a usar con toda la fuerza y el sentido propio la expresión a la que recurren los que no tienen con que retribuir y abrazándolos afectuosamente a todos, decirles las palabras a las que recurren los más pobres cuando giran contra el tesoro de la misericordia de Dios; “que Dios se los pague”.
